

## *“Apuntes (sobre) la Tierra I”*



Innumerables acontecimientos han sucedido en estas últimas décadas, pero sin dudas este año dejó una huella particular a nivel histórico. El surgimiento y avance de la pandemia del COVID-19 se cruzó con la crisis económica, política y cultural presente en todo el mundo. Las medidas de aislamiento vaciaron nuestras calles mientras las pantallas se llenaban de imágenes contundentes, dolorosas: gente abasteciéndose en los supermercados, hospitales desbordados, personal sanitario protegiéndose con bolsas de basura, cadáveres cubiertos con cartones afuera de las casas, personas mayores agonizando en la más absoluta soledad. Esa sensación de desamparo nos atravesó de muchas maneras, cambió nuestra manera de mirar y relacionarnos con los otros. Una nueva normalidad que se construía, poco a poco, sobre la antigua. En la Argentina el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) comenzó a regir el viernes 20 de marzo del 2020. La cuarentena planteada en un principio iba a durar 15 días, luego los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. El aislamiento finalizó el domingo 8 de noviembre, cuando la mayoría del país pasó al Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO). Pero el temor a contagiarse de otros aún persiste, psico-operando, como otra forma de restringir libertades. Así es como nos hemos despertado de la nebulosa virtual de aparente seguridad en la que vivimos hasta el momento, al menos en Occidente, para enfrentarnos a los territorios tóxicos que habitamos hoy. El virus estará en memoria del mundo por largo tiempo.

Vivimos un tiempo que transita lento, se percibe pesado y sin embargo la batería de contenido virtual nos bombardea a cada segundo. Medios masivos de (in)comunicación generan hordas publicitarias que nos hipnotizan. Las promesas de ciudades inteligentes, que ofrecen protección y amparo ante cualquier situación, se han desvanecido. Sin duda,

las narrativas tecno-utópicas han funcionado como un poderoso opio colectivo: de ahí la dureza con que nos ha colisionado la realidad. La soledad crece en cada rincón, detrás de cada pantalla. La dinámica capitalista y su gran poder de adaptación ante cualquier escenario, superan las capacidades que hoy tiene la naturaleza de adaptarse a lo que vivimos. En una tierra que arde y grita basta, la dicotomía salud/economía se hace presente de maneras disimiles en cada país. Pero, sin dudas, la conciencia ecológica siempre queda en un segundo plano: nunca se toma como un asunto urgente para tratar en las agendas. Cualquier transformación que pueda generar este contexto pandémico va a ser resuelta rápidamente para poder volver a una normalidad capitalista, en donde la temporalidad sigue las pautas de la producción, explotación y ganancia.

Sin embargo, frente a esta situación, nos hemos visto obligados a emplear técnicas propias del medioevo: de ahí nuestra perplejidad ante la catastrófica realidad. Las prácticas de normalización y control (biológicas, médicas, tecnológicas) desde finales del siglo diecinueve construyen nuestros cuerpos. La biopolítica de Foucault dio paso a la psicopolítica. Los mecanismos operan ya en el terreno de la mente y los pensamientos, afectando las imágenes que llevamos en nosotros. En esta meseta, la reacción artística ante la pandemia podría ser la de introducir diferentes puntos de vista, el plantear cuestionamientos: ¿dónde vibra la reserva sensible que no puede ser determinada bajo ningún signo sin el cobijo de la intervención política?

### ***“La imagen ausente”***

El 29 de octubre, en el marco de la última Bienal de la Imagen en Movimiento 2020 y bajo el lema “Mirarnos a los ojos, (volver a)”, se realizó el taller “La imagen ausente”. Ante la imposibilidad real de poder vernos directamente a los ojos sin estar mediados por algún dispositivo tecnológico se propuso a cada uno de los participantes intervenir en simultaneo la pantalla de emisión con diferentes imágenes, sonidos, gestos y testimonios. Un archivo de materiales digitales y fotografías donde se abordaron cuestiones en torno a los arroyos urbanos, su existencia actual y ubicación. La consigna fue caminar por la ciudad y compartir imágenes en vivo para producir un archivo colectivo de acciones por medio de diversos cuestionamientos: ¿Qué pasa por debajo de la calle? ¿Qué había antes del cemento? ¿Qué pasa cuando dejamos de mirar? En ese territorio se superponen el pasado y el presente. Arroyos que atraviesan el tiempo, el espacio, la memoria. La mirada los ubica de nuevo donde corresponde. Las imágenes aquí son fantasmas: cambiaron de

una condición real a una condición testimonial, se convierten en imágenes huellas. Durante este proceso, se planteó crear, reflexionar y realizar diversos mapeos, con miras a una propuesta de intervención audiovisual de sitio específico. En este caso el proyecto nos ha encontrado a todxs pensando en torno a la pandemia y al arte. El confinamiento nos hace sentir parte de una gran red de vulnerabilidad, para lo cual se hace indispensable una nueva simbolización. La bienal nos propone bucear por una serie de reflexiones que nos acerquen a pesar de este implacable distanciamiento. Durante 10 días, una gran cantidad de personas trabajamos en torno a la experiencia de construir lecturas posibles sobre el contexto por medio de cartografías emocionales.

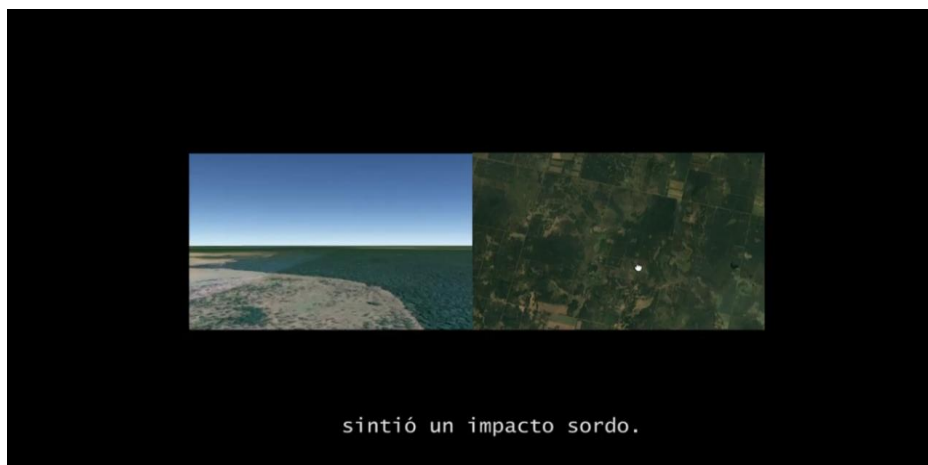
A partir de este encuentro surgieron algunas cuestiones entorno a las visualidades, por donde circulan en este tiempo mediado por pantallas y que qué efectos producen. En este sentido, es necesario preguntarse sobre que categorías estéticas intervienen en nuestros modos de mirar y qué imágenes o acciones, tienen las fuerzas necesarias para afectarnos. Los regímenes coloniales de clases, la etnia y la heterosexualidad, funcionan como matrices que regulan e instalan lo decible, lo pensable, lo visible. Coincidimos en que la historia del arte opera como una tecnología de archivo que construye jerarquías de legitimidad, condicionando el acceso y la comprensión de los objetos culturales. Para generar una modificación en estas repeticiones, es posible pensar algunas estrategias que interrumpen los trazados de sentido hegemónico, desafiando narrativas centristas y homogéneas para ampliar los márgenes de lo visible. Modos de hacer que generan sus propias imágenes y activan formas de imaginación política. Esas visualidades emergen de los márgenes del archivo y operan como declaraciones performativas. Cuerpos como testimonio o memoria declarada, como actos de enunciación auto-constituidos que hacen existir la diferencia, pueblos indígenas y movimientos campesinos en defensa de sus territorios y modos de vida, frente al avance de las actividades extractivistas. Amplios sectores de la sociedad contra la precarización, la privatización y el saqueo de los recursos comunes, estas luchas comparten la búsqueda de alternativas al capitalismo, al patriarcado y a las discriminaciones estructurales, para dar lugar a otras formas de relacionarnos entre nosotrxs y con las demás formas de existir.

Las medidas de aislamiento preventivo vaciaron nuestras calles, pero los conflictos siguen presentes, agudizados frente a la certeza de una vieja normalidad inhabitable y la incertidumbre del provenir, los desafíos del presente son muchos. ¿cómo intervienen los acontecimientos en la producción de visualidades y que imágenes dan testimonios?

¿cómo hacer de esta situación un móvil para despertarnos? Nombrarnos desde nuestras experiencias, nuestras intuiciones, nuestros cuerpos que nos indican que es necesario alterar radicalmente la mirada, ubicarnos en un lugar cercano a la herida y a la catástrofe rasgar el velo y volver a ver lo que sido oculto. No deseamos que la tragedia de nuestra historia regrese como farsa, sabemos que todo ensayo y experimentación emancipatorio, abre una visión de expresiones alternativas, discursos transitivos, expresiones inaceptables para las gramáticas del poder.

¿Cuál es la distancia necesaria de las prácticas y los lenguajes artísticos para que la sensibilidad conecte con los acontecimientos y la trama simbólica del tiempo que nos toca? Forjar un pensamiento que dialogue con aquellas prácticas locales que exceden los paradigmas euro centristas, un interés particular de articulación con algunas herramientas de monitoreo contemporáneo como google earth con una intención de re-significación de su sentido, por medio del discurso artístico.

*“Pensarnos como la reserva salvaje que reivindica su propio peso”*



Napalpí (1924) en el Chaco y La Bomba (1947) en Formosa, testimonian la secuencia local de acontecimientos históricos; de fatalidades políticas del Estado en su proceso de formación neocolonialista, empeñadas en el exterminio de los pueblos originarios y la apropiación de sus tierras. Este primer ensayo sitúa Napalpí en el epicentro del andamiaje cartográfico, entre imágenes, palabras y voces que rodean imaginarios posibles. Imágenes que, capturadas por el dispositivo técnico y archivadas en Google Earth, configuran recortes de sentido y re-organizan el espacio territorial en el ámbito virtualizado. Encuadros visuales conjeturan impresiones del territorio y sus habitantes.

Una polifonía testimonial disloca lo que las imágenes-dispositivo no dejan ver: hablas de la tierra y decires de la escucha: columpios entre la memoria y la potencia de invención que une lo singular y lo común. Fragmentos de verdad solapados, posiciones, perspectivas que dicen algo de la verdad, decires que son relevantes porque siempre de alguna manera siempre tocan en el cuerpo. ¿Cómo nos devuelve la mirada la Tierra que (no) vemos en pantallas? ¿Cómo ensayar imágenes de la Tierra que nos miren?



Ta vez una respuesta posible sea poner en tensión de manera (con)movedora e irreductible las formas de expresión, los modos de intervenciones y las ideas de lo que se discute actualmente como modalidades de los lenguajes de las artes. Pensar cómo se debaten estos problemas dentro de una institucionalidad con programáticas perfectamente heredadas de estéticas construidas e institucionalizadas a los modos europeos. En estos testimonios, esta cuestión entra en un enorme conflicto, dando lugar a que llamamos contemporáneo. En este sentido podemos pensar cual es la contemporaneidad de la expresión de estos testimonios que dicen un fragmento de la verdad, un fragmento de relación con modos de la memoria, que a veces no están presentes en el ahora de la discusión de una obra. Recorrer testimonios que son tan centrales a nuestra memoria como de borde a los problemas que las instituciones se plantean y por eso, se constituyen como un modo central del debate con la institucionalidad de los lenguajes de las artes. De tal modo, recordar lo que se quiso borrar, esa vieja herida colonial sobre la cual se construyeron catedrales y parlamentos. Tras esas borraduras imaginarias hay una herida real: se trata de sacar a la superficie lo que lastimo hondo. Es por ello que, en tiempos de catástrofe, nos importa lo sensible que nos acerca a los cuerpos. Nos conmueve la idea de poder volver a mirarnos a los ojos y nos ocupa pensar en las formas de resistencia que

debemos adquirir ante una realidad que avanza cual aplanadora y que promete llevar por delante el presente y arrasar con cualquier base del pasado.

Cada lugar tiene una voz propia para contar su historia. Napalpí (que en Qom significa “lugar de los muertos”) también habla. Sigue hablando a través de los testimonios que sobrevivieron al paso del tiempo y el olvido: huellas silenciosas que se convierten, otra vez, en palabras o en imágenes. La tierra que fue habitada no está vacía, no es un desierto para conquistar. Los territorios del cuerpo, de la memoria, de la palabra necesitan nuevas miradas y nuevas voces para seguir haciendo presentes, esa es la única conquista posible.

*Por Ivana Jäger y Lucia Sbardella*